

# El sagaz desmoche Modernización, precariedad y diáspora universitarias en la España de comienzos del siglo XXI

## The Sagacious Pollarding Modernization, Precariousness and Diaspora in the Early Twentieth-First-Century Spanish University

Antonio Valdecantos  
*Universidad Carlos III de Madrid*

Recibido: 23/03/2015  
Aceptado: 28/05/2015

*Resumen:* En este artículo se sostiene la tesis de que los procesos de modernización de la universidad española experimentados en los quince primeros años del siglo XXI no han sido interrumpidos por la crisis económica posterior a 2008, sino que dicha crisis los ha potenciado y afianzado. La emigración intelectual y la reducción del número de profesores constituyen, no en vano, indicadores de modernización que sin la crisis no habrían alcanzado cotas tan altas.

*Palabras clave:* Modernización, Edad de plata, Edad de bronce, homo academicus, crisis económica, emigración intelectual.

*Abstract:* This paper maintains that the processes of modernization of the Spanish university during the first fifteen years of the twentieth-first century have not been interrupted by the economic crisis after 2008. Instead, the crisis actually has consolidated those processes. In fact, intellectual emigration and the reduction of the number of teachers (in consequence of the crisis) are to be taken as genuine indexes of the modernization.

*Key words:* Modernization, Silver age, Bronze age, homo academicus, economic crisis, intellectual emigration.

### *1. Homo academicus y homo viator*

Son conocidas y han sido muy citadas las palabras con que Pedro Laín se refirió, en *Descargo de conciencia*, a la universidad española de 1940:

[D]esde el Ministerio de Educación Nacional y a través del naciente Consejo Superior de Investigaciones Científicas se acometía la empresa de la reconstrucción intelectual de España —tan urgente, después del atroz desmoche que el exilio y la “depuración”

habían creado en nuestros cuadros universitarios, científicos y literarios— con un criterio directamente opuesto al nuestro: continuó implacable tal “depuración”, y deliberada y sistemáticamente se prescindió de los mejores, si estos parecían ser mínimamente sospechosos de liberalismo o republicanismo, o si por debajo de su nivel había candidatos a un tiempo derechistas y ambiciosos.<sup>1</sup>

Aunque sólo en sentido figurado cabe hablar de exilio en la universidad española de 2015 (la diáspora internacional de profesores jóvenes es ajena, desde luego, a motivos de persecución política) y aunque la palabra “depuración”, entrecomillada o no, parece del todo fuera de lugar en el estado presente de las cosas, no faltan razones para encontrar signos muy ciertos de desmoche. Aquí sostendremos, de un modo que, como es natural, no suscitará siempre asentimiento, que durante los primeros tres lustros del siglo XXI se ha sufrido en la Universidad española una concatenación de hechos —premeditada y fortuita a partes casi iguales— ásperamente perturbadora y de saldo negativo, aunque quizá de naturaleza inevitable. El argumento principal de lo que me propongo mostrar puede compendiarse de manera sencilla y no muy tranquilizadora: las estrategias de modernización universitaria que durante los ocho primeros años de siglo se habían propuesto la mutación de la forma heredada de la universidad y su sujeción a una ideología de la competitividad empresarial —algo que en lo que hace a las enseñanzas debe tomarse en sentido literal y en lo tocante a la investigación de manera, como trataré de mostrar, no por figurada menos poderosa— sobrevivieron vigorosamente a la irrupción de la crisis económica de 2008, y hallaron en ésta una ocasión casi perfecta para triunfar y dar la puntilla.

Contrariamente a lo que se suele creer, la quiebra de 2008 no frustró los anhelos de modernización, sino que los hizo madurar de modo admirable. El desmoche universitario ha sido sagaz en un sentido de lo que ha de entenderse por “sagacidad” que puede ponerse en relación con algún momento decisivo de la historia cultural española. Permítasenos una breve digresión para mostrarlo. En 1921, Manuel García Morente traducía el texto de Kant (de 1784) que habría de recibir en castellano el título de *Fundamentación de*

---

<sup>1</sup> Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)* (Barcelona: Barral, 1976), 283. Cuando Laín habla de “un criterio directamente opuesto al nuestro”, se refiere, claro está, al de los intelectuales falangistas reunidos a partir de noviembre de 1940 en torno a la revista *Escorial*, de cuya fundación y propósito había hablado en las páginas anteriores del libro. La expresión de Laín se hizo célebre a partir, sobre todo, de la obra de Jaume Claret Miranda, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo* (Barcelona: Crítica, 2006).

*la metafísica de las costumbres*.<sup>2</sup> La vida y obra de García Morente es toda una alegoría de la modernización intelectual española y de lo que muchos juzgarán como una de sus más señaladas tragedias. No es éste el lugar para entrar en detalles, pero nadie ignora la tarea de García Morente como modernizador de la filosofía española —sus traducciones forman parte muy destacada de su obra— y como figura decisiva de las reformas universitarias de época republicana: el plan Morente de los estudios de Filosofía y Letras en Madrid y el propio edificio de dicha facultad en la recién estrenada Ciudad Universitaria son episodios casi míticos en la epopeya ilustrada española del siglo XX. Que Morente fuera destituido como decano en la guerra, que se ordenara sacerdote y que, hasta su muerte en 1942, en el Madrid sonámbulo de los vencedores, se convirtiera en un pensador casi tradicionalista son hechos que no sólo pertenecen a una biografía, sino también a esa correosa trama histórica en la que la llamada Edad de Plata cambió velozmente de metal. Pero lo que debe ocuparnos aquí no es la alegoría Morente, sino un pequeño detalle de traducción en un pasaje de Kant —unas líneas, eso sí, importantísimas, y escolarmente consagradas—, cuando el futuro decano republicano y sacerdote tradicionalista tradujo *Rathschläge der Klugheit*<sup>3</sup> por “consejos de la sagacidad”.

Que Morente conociera o no todos los entresijos de la historia contada por Pierre Aubenque sobre las raíces españolas de la idea kantiana de *Klugheit* —la prudencia del *Oráculo manual* de Gracián, transmitida al público alemán por Christian Thomasius<sup>4</sup>— es, sin duda ninguna, lo de menos. Tampoco importa mucho cuánto interés tuviera Morente por la relación entre esta “sagacidad” de la *Fundamentación* kantiana y lo que, en otro escrito célebre del mismo año, Kant había llamado *Vorsehung*,<sup>5</sup> es decir, “providencia”, (*prudencia* se tomó en su día como síncope de *providencia*, según muestra el propio Aubenque). Lo que aquí debe preocupar —algo que, si la tarea se

<sup>2</sup> Manuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres: filosofía moral* (Madrid: Calpe, 1921).

<sup>3</sup> La segunda clase de los “imperativos hipotéticos”. *Kants Werke. Akademie-Textausgabe*, vol. iv (Berlín: Walter de Gruyter, 1968), 416.

<sup>4</sup> Vid. Pierre Aubenque, “La prudence chez Kant”, apéndice a *La prudence chez Aristote*, (París: P.U.F., 1963), 186-212.

<sup>5</sup> En la *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, en *Kants Werke. Akademie-Textausgabe*, vol. viii (Berlín: Walter de Gruyter, 1968), 30. Hay traducción castellana: “Idea para una historia universal en clave cosmopolita”, en *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, edición de Roberto R. Aramayo (Madrid: Alianza, 2004), 117.

toma en serio, debería llegar a componer un rostro desagradablemente cariacontecido— son las turbias y no poco frecuentes relaciones de la sagacidad con la desdicha (más, desde luego, con la felicidad de que Kant hablaba en la *Fundamentación* sin ninguna clase de aprecio ni de ilusiones). Seguramente la desdicha tiende a ser sagaz, y a menudo lo es más que quienes la padecen. Una sagacidad providente y favorable a la felicidad general debería haber estado inscrita, a la vista de antecedentes tan profundos, en el instinto nacional. Pero de ninguna manera ha ocurrido así, porque la prudencia graciana no se transfiguró en España en ninguna forma de astuta sabiduría de los tiempos, sino en un residuo inaprovechable para cualquier fin modernizador: un *ingenio* corrosivo e infecundo que se ceba en la descripción de los males y que de ninguna manera cree que puedan mudarse en bienes, ni se esfuerza en procurarlo. El ingenio hispano de raíz barroca es proverbialmente improductivo, mientras que la modernización que nos ha tocado no ha solido ser obra de fuerzas ilustradas, sino a menudo de sus opuestas.

Hay, sin embargo, una sagacidad perversa —y nada privativa de España— que encuentra en los momentos de desdicha la ocasión para dar saltos adelante inverosímiles en otras épocas. Es la sagacidad propia de quien acelera la marcha del progreso depurándolo de cuanto en él pudiera haber de lucidez, y deleitándose al mostrar que el avance de los tiempos no siempre dará satisfacción a quienes habían sido sus defensores. Esta clase de depuración sí que ha estado bien presente en el desmoche universitario de comienzos del siglo XXI, un episodio de importancia decisiva en la modernización del país y quizá también en la del concepto mismo de modernización. La sagacidad del desmoche universitario nacional quizás haya contribuido, en efecto, a algo que puede llamarse progreso, pero siempre que el término “progreso” se tome de un modo paródicamente deforme (y semejante deformidad grotesca, de este término y de otros, es uno de los resultados de la primera crisis del capitalismo del siglo XXI, una crisis cuyo principal documento lo hallarán quizá los historiadores futuros en las viñetas de El Roto más que en ninguna otra parte). La sagacidad del desmoche presente obedece, sin duda ninguna, a propósitos (mediocres, pero implacables) y, habida cuenta de que le basta con resultados medianos, no cabe duda de que los cumple en medida suficiente.

Lo que aquí propondremos se refiere a la parte que toca a las humanidades (y, de manera lateral, a las ciencias sociales) en el desmoche padecido, aunque lo acontecido con estas disciplinas no es un mero caso particular, sino una fidelísima caja de resonancia. Desde los inicios mismos de la modernidad, la definición del lugar público de los saberes humanísticos ha sido, no en vano, una de las cuestiones decisivas que debían suscitarse en cualquier

reforma institucional del saber y, por lo menos de manera indirecta, en toda reforma social. La razón es clara y merece ser examinada sin prejuicios: el sistema moderno de los saberes es la consecuencia de dos grandes desajustes o, si se prefiere, de dos acoplamientos frustrados: el de la tradición renacentista de las *litterae humaniores* con la corriente principal de las ciencias matemático-experimentales y el de estas últimas con ese magma de saberes y prácticas que comenzó llamándose “ciencias morales” y que (no sin fundirse en más de una época y lugar con las humanidades) ha dado lugar a lo que en nuestros días es el *mainstream* de las ciencias sociales.<sup>6</sup> Nadie puede ignorar que la universidad fue, en los grandes episodios revolucionarios de la modernidad, una institución anacrónica. Lo fue, sin duda, en la Inglaterra del siglo XVII y lo fue de manera bien llamativa en la Francia revolucionaria.<sup>7</sup>

De hecho, la universidad ha sobrevivido en los tiempos modernos gracias a rarísimos azares: lo esperable habría sido, más bien, que se hubiera reducido a una institución para la formación del clero y que las academias científicas y humanísticas por un lado y las escuelas profesionales y técnicas por otro hubieran administrado la totalidad del espacio de la producción del saber y de su enseñanza. Si lo que Weber llamó racionalismo occidental no hubiera estado sometido con frecuencia a las asechanzas del anacronismo —esa portentosa fuerza histórica, casi siempre disimulada e inadvertida— y si las piezas del sistema del saber hubieran encajado entre sí conforme a un diseño óptimo, las *litterae humaniores* de cuño renacentista se habrían transmutado de manera natural en *moral sciences* y en *sciences des moeurs*, sin haber engendrado esa criatura inviable llamada durante siglo y medio *Geisteswissenschaften*, y constituirían una parte muy honorable del sistema unificado del saber; sistema que, por su parte, se enseñaría y acrecentaría en instituciones genuinamente modernas, distintas de unas universidades que sólo habrían sobrevivido junto a recintos monásticos o catedralicios. Pero

---

<sup>6</sup> El tema de las llamadas “dos culturas”, puesto encima de la mesa en su día por el célebre libro de C. P. Snow, *The Two Cultures*, introducción de S. Collini (Cambridge: Cambridge University Press, 1993), está muy lejos de haberse agotado. En realidad, el texto con el que cualquier cultivador de las humanidades tiene que habérselas, es, sobre todo, el de Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, traducción de Julio Colón, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>7</sup> Un tratamiento muy penetrante de la cuestión se hallará en el estudio de Manuel Ángel Bermejo Castrillo, “La Universidad europea entre Ilustración y Liberalismo. Eclósión y difusión del modelo alemán y evolución de otros sistemas nacionales”, en Oncina Coves, F. (ed.), *Filosofía para la universidad, filosofía contra la universidad (De Kant a Nietzsche)*, Biblioteca del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad (Universidad Carlos III de Madrid), n.º 15 (Madrid: Dykinson, 2008), 49-165.

no sólo las humanidades rehuyeron su conversión en ciencias matemático-experimentales de la conducta y no sólo estos últimos saberes fracasaron (salvo de modo fragmentario) en su constitución como partes de una ciencia unificada, sino que tampoco las instituciones encargadas de la producción y transmisión del conocimiento lograron desprenderse de su formato medieval. El saber moderno no es un sistema, sino un compuesto de partes heterogéneas y mal ajustadas, y, en lo esencial, no se enseña ni se produce en instituciones racionalmente concebidas para estos fines, sino en góticos residuos premodernos, imperfectamente arreglados para servir a una función y una época distintas de las suyas. La historia de las universidades modernas es la larga sucesión de los arreglos de un anacronismo, mientras que la historia de los saberes modernos lo es de los intentos de mejorar el ajuste entre ese abigarrado repertorio de piezas y de las revueltas contra tales intentos.<sup>8</sup>

Aunque caben, desde luego, muchas maneras de proseguir esa historia y no parece fácil imaginar un estado en el que las inadaptaciones y desacoplamientos mencionados vayan a enmendarse en forma duradera, es posible descubrir en el curso de las últimas décadas dos hechos muy destacables que afectan de lleno al cuadro recién pintado. El primero hunde sus raíces en la revolución neoliberal de la época Reagan-Thatcher, aunque su espíritu es tan viejo como el del capitalismo. Se trata del proyecto de lograr de una vez la racionalización de la universidad por vía no epistemológica, sino económica. Ya no importará discutir cómo deben ordenarse los saberes ni cómo han de repartirse su objeto ni legitimarlo, sino, en esencia, cómo optimizar el rendimiento económico de la institución y cómo adaptar sus enseñanzas a las necesidades de un mercado de trabajo fundado en la innovación acelerada. La necesidad de buscar a toda costa el aprovechamiento de las tecnologías de la información y la comunicación no es sólo una consecuencia —aunque lo es, y muy destacable— de lo anterior. Constituye, sobre todo, un hecho ideológico: allí donde el profesor y el estudiante son, antes que cualquier otra cosa, usuarios de las nuevas tecnologías, el estilo de vida resultante impide cualquier clase de distancia intelectual respecto de lo que se muestra como la marcha inexorable de los tiempos. Ha de señalarse, sobre todo, que de lo que se ha tratado no es de aprovechar dichas tecnologías en lo que pudieran ofrecer de útil, sino de multiplicar a porfía los modos de utilizarlas, sin importar que su uso trajese beneficio o no. Es inverosímil, en efecto, que alguien se acomode de manera tan solícita a los hábitos de la innovación

---

<sup>8</sup> He tratado de argumentar lo anterior en “Universidad, tecnocracia y mercado”, cuarta parte de *El saldo del espíritu. Capitalismo, cultura y valores* (Barcelona: Herder, 2014), 141-176.

tecnológica constante y no admita, con toda naturalidad, que el tiempo histórico en su conjunto está sometido a la norma de la aceleración. Pero éste es tan sólo el primer aspecto.

El segundo elemento que conviene destacar no se deriva, por lo menos en principio, de ninguna circunstancia política ni económica, aunque ciertos fenómenos de globalización lo han acelerado poderosamente. Se trata de un hecho cuya cabal descripción debería corresponder a los etnólogos: el triunfo avasallador de todo un conjunto de normas de conducta, ritos, usos verbales y, sobre todo, administraciones del tiempo y del espacio, específicamente propios del nuevo *homo academicus*. El sabio del siglo XX no se había librado del todo de la servidumbre a un modo de vida que combinaba, con los naturales desarreglos, el ideal del sacerdote, el del funcionario y, en algunas áreas del saber, el del artista, pero semejante desorden ha sido ventajosamente sustituido por un *ethos* del dinamismo cognitivo que, aun resultando muy afín al resto de los modos de vida típicamente emprendedores, posee rasgos diferenciados.<sup>9</sup> El *scholar* de la modernidad tardía es un constante usuario de aeropuertos y hoteles y su principal actividad es el nomadismo. La norma esencial de su trabajo radica en que, cualesquiera que sean su actividad y sus resultados, han de exigir el haber emprendido cierto número de viajes —de duración variable, e importa mucho que los haya habido con todos los formatos de duración— y el hacer necesarios otros nuevos. Lo que el *scholar* tardomoderno sepa y haga está determinado en todos sus detalles por esa compulsión trashumante, porque dicho sabio forma parte de una *civitas peregrina* que sólo se activa plenamente cuando se está de viaje. De manera enigmática, el tópico de que las nuevas tecnologías nos permiten el acceso a una información que antes exigía costosos desplazamientos y el disfrute de posibilidades portentosas de contacto y comunicación es totalmente impotente para frenar la adicción viajera del *scholar* tardomoderno, cuya irracionalidad de conducta debería ser objeto de un examen etnográfico cuidadoso. Seguir cultivando este modo de vida, constituido por estancias largas, estancias breves y asistencia a eventos lejanos, es la única norma de conducta de este *scholar*, el cual llamará “investigación” a las tareas realizadas mientras está de viaje o para justificar alguno, cuando no a la trashumancia misma y a su gestión.

La permanente disposición viajera es el rasgo etnológicamente más decisivo de quien gusta de ser llamado “un académico”, pero, tanto o más que los

---

<sup>9</sup> Sorprende cómo el espléndido diagnóstico de Bourdieu en 1984 ha sido sobrepasado por los hechos. Vid. Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, traducción de Ariel Dilon (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008).

viajes de verdad, importa el hecho de que ningún empeño intelectual puede ser seriamente concebido como no lo sea en forma de acto de movilidad. Aun la más modesta de las aportaciones científicas del *homo viator* tendrá que ser identificada (y en primer término tendrá que serlo en lo más íntimo de la conciencia del científico) como algo que se derivó de tal o cual proyecto de investigación y en el marco de tal o cual acción concertada con un grupo de otro país. El disfrute de ayudas económicas con cargo a fines doctos, las cuales suelen emplearse en medida muy considerable para sufragar viajes, se justificará siempre en virtud de ciertos “resultados” de la correspondiente errancia, pero el investigador que lo sea de verdad estará acostumbrado, más que a justificar su trashumancia por las proezas que permite acometer, a fundar la importancia de éstas en los movimientos aeroportuarios que las acompañaron. En caso de que algo computable como resultado de la investigación haya surgido de la quietud de la siesta o de la lentitud del paseo, eso tendrá que ocultarse rigurosamente, porque la única narración aceptable de un hallazgo intelectual es la que lo hace depender de algunos dineros gastados en viajes, lo cual es suficiente para que la movilidad sea la condición del conocimiento aun cuando éste se haya alumbrado en el reposo más profundo.

Lo que debe destacarse aquí es que el triunfo avasallador de este *homo viator* afecta por igual a todos los saberes y disciplinas, siendo a veces los hombres y mujeres de letras puras mucho más móviles que algunos del otro flanco del saber. Los desajustes y desacoplamientos entre las piezas del sistema moderno del saber y el permanente anacronismo de una institución de cuño medieval que debe adaptarse como sea a los tiempos se han atemperado en la modernidad tardía, y lo han hecho mediante el alumbramiento de todo un modo de vida típicamente escolar o académico: es dicha forma de vivir, y no otra cosa, lo que unifica los saberes. Pero este mismo *scholar* trashumante se empleará también, entre viaje y viaje, en tareas que no llamará de investigación, y que con frecuencia no apreciará mucho: labores de enseñanza destinadas a mejorar la empleabilidad de una clientela universitaria compuesta preferentemente por jóvenes, pero abierta a toda clase de edades y demandas. No es difícil comprender que el uso de la lengua inglesa se convierte en una apremiante necesidad, a la que el viajero docto ya se le supone acostumbrado a causa de sus tareas investigadoras. La institución universitaria es, pues, una estructura dúplice, aunque no incoherente ni desmembrada: es una reunión de viajantes de investigación que dedican parte de su tiempo a prestar a cierta clientela servicios relacionados con sus necesidades cognitivas y, a veces, con sus gustos culturales y su demanda de valores. Lo anterior no es, ciertamente, una peculiaridad española, pero la

implantación del modelo ha estado sujeta entre nosotros a algunas condiciones singulares que no deben desdeñarse.<sup>10</sup>

## 2. *El fin de la Edad de Bronce*

El cabo de Hornos de la modernización de la universidad española se dobló de manera resuelta con la multiplicación de centros privados auspiciada por la política de los gobiernos socialistas durante los años ochenta del siglo XX. En forma espectacular, las universidades privadas que fueron surgiendo proporcionaron el modelo de la parte docente del esquema que acabó imponiéndose, con descuido casi total del elemento investigador. La función de tales centros se reducía, en efecto, a la enseñanza, pero es preciso reconocer que no sólo la cumplieron a plena satisfacción de la clientela, sino que pronto suscitaron la emulación más desatada. A partir de comienzos de los años noventa, el ideal estaba ya bien definido, aunque en la práctica quedase mucho camino por recorrer: las universidades públicas habrían de ser, en lo docente, como las privadas, mientras que, en materia de investigación, deberían integrarse en las redes globales mediante la adquisición de los hábitos y modo de vida del *homo viator* cosmopolita. Ni en lo primero ni en lo segundo habría cabido probablemente concebir otra cosa, pero la historia correspondiente suele contarse sólo desde el punto de vista de los vencedores y, por regla general, como parte de alguna estrategia ideológica o de marketing. Como es bien sabido, el esbozar siquiera un tímido gesto antimodernizador es en la cultura española un tabú para cualquiera que pretenda seguir, aunque sea modestamente, algún *cursus honorum* académico o social.<sup>11</sup>

Quizá el rasgo más destacable de la modernización universitaria del país haya sido la sobreactuación, a menudo grotesca, que pudo observarse tanto en el dispositivo docente como en el investigador.<sup>12</sup> El rostro del profe-

---

<sup>10</sup> Una muy buena conceptualización del “capitalismo cognitivo” se hallará en Fumagalli, A., *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*, traducción de A. Antón, J. M. Gual y E. Rodríguez López (Madrid: Traficantes de Sueños, 2010).

<sup>11</sup> Dos textos muy estimables, a contrapelo de las tendencias triunfantes en los años de que se está haciendo mención, son el de José Luis Pardo, “El conocimiento líquido. En torno a la reforma de las universidades públicas”, en *Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010), 255-280, y el de Alicia García Ruiz, *Contra la privatización de la universidad. La universidad pública como bien común* (Barcelona: Proteus, 2012).

<sup>12</sup> Sobre la noción de “dispositivo”, véase Giorgio Agamben, “¿Qué es un dispositivo?”, en *¿Qué es un dispositivo?, seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino*, traducción de Mercedes Ruvituso (Barcelona: Anagrama, 2015), 7-34.

sor universitario español se quedó paralizado, a partir de alguna fecha ominosa de los primeros años del siglo, en un inconfundible gesto filisteo, tan pagado de sí mismo como obediente al poder (a menudo con extremos innecesarios de gratuita obsecuencia), y a partir de ese momento todo fue ya una pugna desbocada para ganar el primer puesto en el ranking del desmoche. Puede que los tiempos no permitieran otra cosa, pero no es seguro que obligaran a un grado tan exagerado de amaneramiento ni que fueran tan implacables en la obligación de extirpar cualquier asomo de sentido del humor. De cada profesor universitario que tuviese aspiraciones de alguna clase se esperaba que se convirtiera en un foco activo de iniciativas innovadoras, pero no tanto como de hecho llegó a ocurrir ni con tan exagerada acuciosidad.<sup>13</sup>

Una estimación atenta de lo acontecido con las humanidades en los años del desmoche requiere formarse una idea lo menos mitológica posible sobre la historia de dichos saberes en la España contemporánea, así como sobre sus nidos institucionales y sociales. Aunque nada parecido a un discreto esbozo de lo anterior es posible aquí, resulta necesario anotar alguna observación sobre la historia intelectual española. Se refiere al aspecto que presentaba el cultivo universitario y libresco de las humanidades en torno a finales de los años sesenta del siglo xx, en un momento en que la relativa modernización económica coincidió con una notoria brecha generacional en usos, costumbres y lenguaje, así como con el convencimiento casi unánime de que el franquismo era a la vez ilegítimo y anacrónico (un régimen más apto, en suma, para los chistes que para las revueltas) y de que su final no sería asunto de la historia, sino de la biología. Es preciso decir con claridad que lo que en España se hacía en ese momento en historiografía, en filosofía, en lingüística y filología y en el campo, más o menos rigurosamente definido, del ensayo, había alcanzado un nivel más que aceptable. Al atroz desmoche de que habló Laín le habían seguido años de abnegada y casi heroica resistencia intelectual por parte de gentes que, formadas en los últimos años de la Edad de Plata o de manera autodidacta después, pusieron las condiciones para que se pudiese escribir y pensar con profundidad sobre todas las materias del saber humanístico (y, cada vez más, también de unas ciencias sociales envidiablemente interdisciplinarias y civilizadas). Basta con una sojera ojeada al escalafón del profesorado universitario a finales de los años sesenta para persuadirse de que el franquismo había sido intelectualmente

---

<sup>13</sup> Apenas nadie lo recuerda, pero existió, y no movió pocas pasiones, el llamado "plan Bolonia". *Vid.* un importante documento al respecto: el libro de Carlos Fernández Liria y Clara Serrano García, *El Plan Bolonia* (Madrid: Libros de la Catarata, 2009).

derrotado treinta años después del atroz desmoche, y de que lo había sido gracias a una conjunción de franquistas arrepentidos, republicanos de exilio interior, hijos rebeldes de familias del régimen y, sobre todo, vástagos de la España hambrienta de 1936 que, por obra de una modernización económica espuria pero cierta (y quizá todas las modernizaciones ciertas sean espurias), habían llegado a la universidad y a la alta cultura, y muy a menudo a niveles influyentes del funcionariado.<sup>14</sup>

Esta Edad de Bronce de las humanidades y el ensayo español tiene quizá su mejor expresión en la traducción de lenguas extranjeras al castellano.<sup>15</sup> Si se examina lo que se tradujo entre 1967 y 1982 —por poner dos fechas significativas de la historia política—, la relación es francamente impresionante, y el resultado fue que gran parte del pensamiento, la historiografía y las ciencias humanas contemporáneas comenzaron a estar disponibles en lengua española de un modo que recordaba a los mejores años de la Edad de Plata, si es que no los superaba. País de traductores desde antiguo, la España del momento creó toda una inmensa biblioteca contemporánea con la que fue posible el pequeño milagro de anclar una enseñanza universitaria y media en lo mejor de lo que se estaba haciendo entonces en los grandes centros intelectuales. Es cierto que lo anterior debe mucho a la actividad editorial y traductora latinoamericana —en particular la proveniente de Argentina y México—, pero sería injusto escatimarles a un puñado de editores barceloneses y madrileños, y sobre todo a varias promociones de esforzados y competentes traductores, el mérito de haber convertido el castellano en una de las lenguas a las que cualquier libro importante europeo o norteamericano tenía que traducirse con prontitud. Quien recorra las grandes corrientes del pensamiento de la época, hallará que las obras más señaladas (y otras que no

---

<sup>14</sup> Cuánto debe la cultura de la llamada transición a la “vegetación del páramo” de que habló Julián Marías (“La vegetación del páramo”, *La Vanguardia*, 19 de noviembre de 1976) es asunto que no ha dilucidado aún la crítica más exigente. Véanse las páginas de Antonio Morales Moya (“Los primeros destellos”) en su libro *En el espacio público. Ensayos historiográficos* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2008), 261-269.

<sup>15</sup> El uso que hacemos de la expresión “edad de bronce” es un eco de la célebre “edad de plata” cuya conceptualización llevara a cabo José Carlos Mainer en 1975. *Vid.* su libro, ya clásico, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural* (Madrid: Cátedra, 1975), en el que apunta el uso de la expresión que da título a su libro por parte de Miguel Martínez Cuadrado (*vid.* prólogo, p. 13 de la 3ª edición, de 1983). Pero la rúbrica del presente epígrafe remite, por lo demás, a un texto que de ninguna manera debería olvidarse cuando se mira a esos años: *El fin de la edad de plata*, de José Ángel Valente (1973), recogido en *Obras completas*, vol. I: *Poesía y prosa*, edición de Andrés Sánchez Robayna (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006), 687-736.

lo eran tanto) de la filosofía analítica, de la escuela de Fráncfort, de la hermenéutica, del estructuralismo o de la desconstrucción no solían tardar en ser traducidas al castellano, a veces de manera sorprendente para quien llevase la cuenta del número de lectores que estaban en condiciones de leer todo aquello con aprovechamiento. Unas pocas docenas de traductores de primera fila que alternaron la versión de autores clásicos y contemporáneos, así como de ficción y de ensayo o pensamiento —piénsese en Manuel Sacristán, Víctor Sánchez de Zavala, Jacobo Muñoz, Gabriel Ferrater, Eustaquio Barjau, Jesús Aguirre, Juan José del Solar, Miguel Sáenz, Manuel Jiménez Redondo, Carlos Mellizo, Mauro Armiño, Consuelo Berges, José María Ripalda, Esther Benítez, Andrés Sánchez Pascual, Carlos Pujol o Feliu Formosa—, son los verdaderos protagonistas de la Edad de Bronce de la cultura española, época en la que quizá la traducción fue la actividad intelectual más destacada.

Los profesores, estudiantes y lectores españoles tenían mucho que digerir y que asimilar, y lo hicieron de la manera que podía esperarse: a la altura de mediados de los años ochenta, cualquier licenciado español en una especialidad de letras o ciencias humanas había adquirido una formación universitaria algo caótica y deslavazada, pero con presencia nada desdeñable de buenos profesores y buenas lecturas y a menudo en un clima de saludable mestizaje intelectual. Ese estudiante recién titulado no encontraba mucho estímulo para ser, como sus hermanos mayores, profesor de instituto (la enseñanza media pasó a ser una tarea más pedagógica que intelectual), pero sí disponía de ciertas facilidades para salir al extranjero y para volcar en una tesis el resultado de algunos años de lecturas. Fueron, desde luego, tiempos de importación y esto no debe olvidarse, pero también lo fueron de asimilación. Aunque lo primero es muy cierto, no alcanzó los niveles de mimetismo intelectual de las décadas posteriores: a la altura de los años ochenta y primeros noventa no escaseaban tesis y trabajos limitados a ofrecer la introducción a la obra de algún autor extranjero, leído o visitado por el doctorando y a menudo venerado colonialmente por éste, pero el clima habitual era el propio de un país de traductores (no en vano, el joven estudio- so solía emprender, como parte de su tarea, la versión castellana de alguna obra del autor estudiado) en el que se suponía existente toda una comunidad de lectores de textos de ensayo especializado. Importa destacar que las humanidades y gran parte de las ciencias sociales tenían como fin satisfacer las necesidades de ese lector —a menudo, aunque no siempre, profesor o estudiante universitario— y contribuir al mantenimiento de un ambiente intelectual cuya natural evolución se suponía que habría de favorecer en poco tiempo el desencadenamiento de obras audaces y originales. Eso es, por lo

menos, lo que cabía razonablemente augurar, pero, desde luego, estuvo muy lejos de darse.

Ese país de traductores se convirtió en un país de aprendices de *scholar* y, en poco tiempo, de *scholars* exageradamente autistas, mucho más escolásticos que escolares. Seguramente la clave de la mutación está en el momento en que el empleo del castellano se convirtió en una limitación o en un obstáculo. Ese instante tiene que llegar, tarde o temprano, en el camino de la profesionalización viajera y de la colonización intelectual. Una vez advertido, urge tomar una decisión: o uno se asimila del todo y busca convertirse en una pieza periférica del entramado intelectual con el que ha entrado en contacto, o intenta una obra propia en la lengua materna, dirigida al público de esa lengua, aunque con la expectativa de poder ser traducido a otras, entre las cuales se encontrará aquella en que escriben y hablan los autores que el estudioso leyó con fruición. En realidad, la posibilidad de ser vertido a una lengua distinta de la materna es lo que distingue a quien se dedica a escribir —no importa en qué género— de un modo que aspire a no limitarse a una comunidad local. Pero tal posibilidad implica, claro está, que alguien escriba en su lengua, cosa que la evolución de la historia intelectual española de los lustros siguientes ha puesto en tela de juicio con creciente apremio. Es cierto que hay muchas ramas de las ciencias sociales en donde escribir en castellano constituye una rareza semejante a la de publicar *papers* de física teórica en bable o en aragonés, pero lo ocurrido en la España de los primeros lustros del siglo XXI puede describirse con fidelidad como la imposición de una confusa sarta de principios, reglas y máximas como los que a continuación se enuncian, modestísimamente y sin ánimo de exhaustividad.

Atienda usted, si de verdad quiere ser competitivo, a los siguientes consejos. Siempre que pueda escribir en inglés, evite el castellano, salvo en la correspondencia privada con sus padres y (caso de que sea usted idiomáticamente endógamo, cosa fea, pero disculpable) también con su pareja, aunque de ninguna manera con sus hijos, salvo que quiera echar a perder la educación de éstos. Si el escribir en inglés se le ha convertido en algo parecido a una necesidad, tal cosa es indicio bastante de que sus investigaciones están bien encaminadas. Si, por el contrario, advierte que sólo puede escribir en castellano porque lo que quiere decir es difícil de expresar en inglés (aunque crea dominar dicha lengua), eso constituye indicio suficiente no sólo de su poca competencia idiomática, sino, sobre todo, de que su horizonte intelectual es el ensayo y no la actividad académica (es usted un escritor, probablemente torpe y costumbrista, pero de ninguna manera un académico, lo que muestra que fue un error contratarlo, y no digamos nombrarlo funcionario

vitalicio, en caso de que lo sea). Si las obras académicas que quiere usted citar están sólo en castellano, no es razonable que las cite cuando vaya a publicar en inglés (es como mencionar al maestro o al cura de su pueblo, quienes quizá lo ayudaron a salir de él, pero cuyos nombres no deben figurar en un *paper*, salvo, si acaso, en la sección de agradecimientos). Si, en las ocasiones en que no le queda más remedio que hablar o escribir académicamente en castellano, nota que se encuentra más a gusto que cuando emplea el inglés, eso no es una buena señal, aunque la malformación correspondiente puede corregirse. Si, por el contrario, advierte que está constantemente traduciendo del inglés y que con frecuencia no atina con la expresión castellana correspondiente, tal cosa es la punta con la que asoma todo lo bueno que un académico puede atesorar. No tema decir con incomodidad “¡Perdón! ¡No me sale esto en español!”, porque, si lo que dice es veraz, ahí radica la señal cierta de la virtud universitaria. Y tampoco tema, cuando hable en castellano, inundarlo todo de anglicismos, porque será indicio de que su *way of life* está puesto al día y de que el cosmopolitismo ha anidado en sus órganos vitales.

### 3. La cognición gestionada

El ideal de una “ciencia unificada” que tanto entretuvo a los miembros del Círculo de Viena en los años treinta del siglo XX no se ha hecho realidad por el triunfo de ninguna metodología científica general ni por el derrumbe de la metafísica, la superstición o el fanatismo, sino por la imposición de un formato común de actividad intelectual, fundado, según se ha esbozado antes, en la hiperactividad y la movilidad global y en lo exigido por ese modo de vida. La manera de vivir y de razonar del científico de la modernidad tardía imita, en gran medida, la conducta del gestor empresarial y la del deportista profesional, aunque sería un error suponer que la ciencia se ciñe a la imitación de estas profesiones. Tal cosa ha sido cierta hasta el momento presente, pero cabe augurar que, en fases posteriores del desarrollo de la ciencia global, sean, por el contrario, los deportistas y los gestores quienes emulen el proceder del científico, al cual corresponderá probablemente la función de piloto de la economía globalizada. Si la adecuada *gestión del conocimiento* es la forma esencial del modo de vida tardomoderno (siendo todo súbdito un gestor cognitivo en la escala, permanentemente cambiante, que le corresponda), el caudillaje de tales formas de actividad no será incumbencia del ejecutivo empresarial, sino de aquellos científicos —preferentemente los dedicados a la investigación social, a la cognitiva o a la metacientífica y cultural— que

hayan acreditado las máximas cotas de competitividad y que, al mismo tiempo, hayan sido líderes en la gestión de sus propias instituciones. Hay muchos motivos para que así sea, y probablemente resulte inverosímil una ciencia con aspecto distinto. Lo anterior pertenece al destino de la modernidad y no está en manos de nadie el torcerlo o doblegarlo.<sup>16</sup> Pero lo que sí debería examinarse con cuidado es el modo en que cada lugar y cada disciplina o conjunto de disciplinas se ha adaptado a ese modelo global de lo que podría llamarse la *cognición gestionada*.<sup>17</sup> Lo que más importa en el caso español se ha apuntado ya, por lo menos en lo que toca a los saberes humanísticos.

El caso de la filosofía puede tomarse como paradigmático. A quien examine la trayectoria de la denominada Escuela de Madrid y acuda a la obra de sus dos representantes indiscutibles (Ortega y Zubiri), lo primero que le llamará la atención es la audacia con que esos dos pensadores —de estilo y talante, por lo demás, dispares entre sí— asimilaron el tipo de filosofía que se practicaba en las metrópolis del pensamiento y, en lugar de abrir una sucursal nacional o adiestrarse en la imitación (como, de manera hiperbólica y poco afortunada, había ocurrido con el krausismo a mediados del siglo XIX), lograron encauzar una obra original de la mayor envergadura. Lo que Ortega llevó a cabo en la primera mitad del siglo XX y Zubiri en las décadas centrales

---

<sup>16</sup> En las lecciones de 1937 sobre “El eterno retorno de lo mismo”, recogidas en el volumen *Nietzsche*, Heidegger proclama lo siguiente: “La ciencia especializada tomó en el curso del siglo XIX el carácter de una industria; el producto que se elabora tiene que salir con la mayor rapidez posible, para que pueda ser utilizable por otros, pero también para que otros no se apoderen de lo que uno ha descubierto o para que no vuelvan a hacer el mismo trabajo” (*Nietzsche*, traducción de Juan Luis Verma [Barcelona: Ariel, 2013], 218). En la página siguiente se agrega: “El contenido semántico de la palabra ‘ciencia’ [*Wissenschaft*] se desarrollará, por consiguiente, en la dirección que queda acotada por la palabra francesa *science*, por la que se entienden las disciplinas matemático-técnicas. Los grandes sectores industriales y el Estado Mayor están mejor ‘enterados’ de las necesidades científicas que las ‘universidades’; también disponen ya de mayores medios y de fuerzas más adecuadas, ya que efectivamente se encuentran más próximos a lo ‘real’” (219). Sobre la ciencia y la investigación como empresa, véase la conferencia de junio de 1938 “La época de la imagen del mundo” (en *Caminos de bosque*, traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte [Madrid: Alianza, 2001], 68-72). “Desaparece el sabio”, dice Heidegger allí (p. 70). Y agrega: “Lo sustituye el investigador que trabaja en algún proyecto de investigación. (...) El investigador ya no necesita disponer de una biblioteca en su casa. Además, está todo el tiempo de viaje. Se informa en los congresos y toma acuerdos en sesiones de trabajo”. Con tres cuartos de siglo de distancia, las observaciones de Heidegger resultan extraordinariamente útiles. Lo más probable es que su verdad ya no se mantenga. La empresa no es el modelo ni la guía de la investigación, sino seguramente a la inversa.

<sup>17</sup> Sobre la hiperactividad como forma de vida esencial de la modernidad tardía, véase A. Valdecantos, *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo* (Madrid: Díaz & Pons, 2014).

del mismo siglo podría haberse reproducido, y quizá de manera amplificada, al final del novecientos, porque talento, formación, viajes, lecturas, amplitud de miras y buenos hábitos no faltaban en absoluto. Pero una obra filosófica como la de Ortega o la de Zubiri le está rigurosamente prohibida a quienes cultivan esta disciplina en la España de comienzos del siglo XXI.<sup>18</sup> En caso de que tal cosa fuese concebible, habría de surgir fuera de la institución universitaria o en sus bordes, porque los formatos de la actividad académica y el modo de vida correspondiente excluyen del todo la posibilidad de una obra ambiciosa y sostenida en el tiempo. Pocos serán quienes lamenten lo anterior en la España de 2015. La época de los grandes sistemas o de los estilos propios ha pasado ya, como pasó la época de las familias numerosas y de las catedrales, y pertenece a la naturaleza más profunda de la sociedad contemporánea —se dirá con satisfacción y orgullo— que el conocimiento sea una tarea cooperativa, un patrimonio común para el que no resulta necesaria (más bien es obstáculo) la existencia de “grandes obras” ni de personalidades carismáticas al viejo estilo. Es muy difícil replicar algo inteligente a un argumento así, porque quien intente hacerlo habrá de abogar por la vuelta a un mundo felizmente superado, elitista, represor y fundado en última instancia en la ignorancia y el analfabetismo generales. De hecho —se dirá— eso que se llama “grandes obras” sólo era concebible en una sociedad jerarquizada que hoy nos resultaría difícil de soportar: un mundo en el que ciertas figuras intelectuales (necesariamente muy pocas) tutelaban el entendimiento y el lenguaje comunes, imponiendo lo que había que leer y pensar y ejerciendo la más violenta intimidación moral sobre el conjunto de la población, incluidos los innumerables analfabetos que acataban tal autoridad sin la menor noticia de por qué lo hacían.

Una de las grandes desventuras de la modernización universitaria española de comienzos de siglo —es decir, de la adaptación del sistema universitario a lo que tal sistema puede ser en la modernidad tardía— ha sido el hecho, no poco importante, de que el examen intelectual de ese proceso está bloqueado por el proceso mismo. Caben, sin duda, y proliferan mucho, todo tipo de estudios sobre la economía cognitiva y las innovaciones trepidantes de los sistemas de producción y circulación del conocimiento, pero casi siempre dentro del formato exigido por los fenómenos mismos estudiados, lo que, de manera inevitable, convierte a tales publicaciones en un

---

<sup>18</sup> En las postrimerías de la historia que ha contado muy bien José Luis Moreno Pestaña, *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013).

eficaz instrumento ideológico. Cobrar distancia del formato mismo implica salirse de sus límites y, por tanto, salirse del sistema o practicar una resistencia solapada, lo cual acarrea costes muy elevados a quien quiera embarcarse en la aventura. Si, para examinar la imposición del formato *paper* y de la trashumancia acelerada, se acude a ese mismo formato y si el estudio forma parte de ese mismo modo de vida, es casi imposible no practicar un discurso apologético. Quien quiera evitar la apología y limitarse a entender, habrá de hacerlo desde fuera, pero todo lo que sea exterior al sistema se ha declarado académica e intelectualmente irrelevante.

Nada de esto es, desde luego, privativo del solar hispano, pero lo que sí ha resultado peculiar en el curso de los últimos años es la conjunción de dos circunstancias en principio independientes entre sí: por un lado, la mezcla de sobreactuación, filisteísmo y falta de resistencia con que se llevó a cabo la transfiguración de la enseñanza universitaria y, por el otro, a partir de 2008, la diáspora del joven personal investigador y el común convencimiento de que por lo menos una generación de profesores universitarios en potencia (la generación mejor preparada de la historia contemporánea del país, según suele decirse) ha sido desviada al extranjero o sacrificada. Salta a la vista que estos dos fenómenos tuvieron génesis completamente distintas, pero es posible que sus efectos se concierten entre sí para provocar una fractura de muy duraderos efectos en la osamenta del sistema universitario español. Un desmoche con muchas notas de atrocidad, aunque ejecutado con esa forma de insipiencia sagaz que se recoge en un inmejorable adjetivo acuñado por Manuel Sacristán en una traducción de Adorno y empleado célebramente por Rafael Sánchez Ferlosio: la abrasiva sagacidad de quien (ya sea persona o cosa) sólo merece la calificación de *tontia stuto*.

El primero de los dos fenómenos afectó a los supuestos esenciales de la conducta y el razonamiento del profesorado universitario, y constituyó una mutación moral e intelectual de aparatosa envergadura, acrecentada por una suerte de complacencia mórbida en el descaro. A partir de determinado momento, se impuso en aulas y despachos, pero sobre todo en pasillos y cafeterías, el convencimiento de que la universidad había pasado a ser algo completamente distinto de lo acostumbrado, y que, con toda la fuerza de un destino inexorable, su proceder y su espíritu habían de acomodarse a una concepción empresarial. En poquísimo tiempo, este lugar común se convirtió en una especie de mantra que se repetía por doquier y que permitía reconocer a los elementos más dinámicos del profesorado y a los más aptos para la ocupación de cargos académicos y el disfrute de complementos salariales y otras dádivas. La adaptación a los nuevos tiempos había de hacerse multi-

plicando el cinismo y con toda clase de muecas de ostentación, no movidas por la fuerza de las circunstancias, sino por un inmoderado placer. La pulsión innovadora se desbocó mucho más de lo que la marcha de los tiempos exigía, y la abundancia de iniciativas innovadoras no siempre se atuvo a las normas del decoro. Quehaceres que tan sólo un lustro antes habrían suscitado la hilaridad pasaron a tomarse como dechados de excelencia, sin que el pudor mismo se librase de sufrir una implacable transformación de concepto: bastaba con que algo hubiera causado vergüenza hasta la víspera para que se recomendase su práctica y para que su crítica sólo pudiese hacerse de manera cabizbaja, con las orejas gachas y la voz susurrante. Se daba por supuesto —en las enseñanzas de humanidades con particular saña— que lo que antes se enseñaba era excesivo y debía ser severamente reducido, porque había dejado de servir a cualquier propósito práctico y porque seguramente tampoco era nada muy valioso en sí mismo. Los nuevos graduados habían de poseer menos conocimientos que los antiguos licenciados porque esto les proporcionaba toda clase de ventajas: menos años de estudio, más flexibilidad en los hábitos y mayor conciencia de que el conocimiento está al servicio de la solución de problemas particulares —de naturaleza mudable y de mudanza acelerada— y no, ciertamente, a la inversa.<sup>19</sup>

En muchos lugares, la idea misma de las humanidades se alteró en su raíz y pasó a entenderse por tal cosa el mero tratamiento divulgativo de temas de interés actual. Aunque la severidad de la dieta se impuso en todos los campos del saber, el cinismo que se usó en los estudios humanísticos fue verdaderamente proverbial. También lo fueron en estas áreas los daños colaterales infligidos por las tecnologías de la información y la comunicación, las cuales prestaron un destacadísimo servicio a la idea de que la lectura, estudio y escritura de libros eran ocupaciones más bien marginales en la vida de los interesados por las humanidades. Lo más característico del clima mental de aquellos primeros años de siglo era, como ya se ha dicho, la innecesaria sobreactuación: un gratuito suplemento de celo que quizá no congeniase del todo con la sobria racionalidad instrumental propia de las reformas. Que cualquier clase de resistencia fuera casi inconcebible no habría sido algo fácil de vaticinar tan sólo quince años antes, pero sin duda ninguna el cambio de hábitos mentales de la profesión universitaria fue tan drástico como silencioso. Los nacidos entre 1945 y 1965 se habían tenido a sí mismos, has-

---

<sup>19</sup> El más completo repertorio de quejas es el volumen compilado por Jesús Hernández, Álvaro Delgado-Gal y Xavier Pericay, *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio* (Barcelona: Anagrama, 2013).

ta muy poco tiempo antes, por gentes altivamente libertarias y levantiscas, pero la genuflexión sincera que les suscitó el nuevo ambiente constituía todo un presagio de que el *ethos* profesional del docente universitario español iba a mudarse en algo muy distinto de lo conocido.

Cierto anarquismo mental y no poco espíritu antieconómico habían estado presentes desde muy antiguo en el modo de vida característico del profesor español (y mediterráneo en general) de disciplinas de letras. Es cierto que el puritanismo propio de la Institución Libre de Enseñanza en su día y del Opus Dei en el suyo esparcieron no poco la semilla de la ética protestante y la conducta metódica, pero nunca fue el profesor medio de literatura, de filosofía o de historia alguien muy proclive a los convencionalismos sociales, y ni siquiera muy representativo de la normalidad conductual. Esto fue precisamente lo que se quebró en el primer lustro del siglo XXI, y de manera bien aparatosa. La figura del tecnócrata de letras habría sido todo un oxímoron en la España de los años setenta u ochenta del siglo XX, pero en la de la primera década del XXI se convirtió en el tipo hegemónico. Entre las consecuencias de esta mutación, no es la menos destacada la evaporación casi completa de cualquier fermento de independencia intelectual. El oficio de profesor de humanidades apenas tiene ya nada que ver con ninguna tarea intelectual de las que antes se llamaban “creadoras”. Al contrario: el afán de actuar con más disciplina de la exigida lleva a entablar una ardua pugna por alzarse con el primado del gregarismo, como si el parecerse mucho a un gestor de recursos humanos fuera la señal distintiva de la excelencia en el saber. Políticamente puede haber de todo (y la izquierda radical no está, según es bien sabido, reñida siempre, cuando sus miembros actúan como profesionales, con la capitulación ante los gestores del entendimiento ni con la pertenencia misma a la élite gestora), pero desde el punto de vista intelectual la mansedumbre está asegurada para muchas décadas.

El segundo fenómeno constituye un neto y cabal desmoche en sentido muy semejante al de Laín. Como es bien sabido, la crisis económica desencadenada a partir de 2008 produjo en breve plazo el truncamiento de casi toda expectativa de entrada de las generaciones jóvenes en el profesorado universitario, así como la precarización general de las condiciones de trabajo de los profesores de reciente ingreso. Para al menos una generación, la ocupación de plazas de profesor ayudante o contratado pasó a ser un empeño colosalmente más tenebroso que hasta entonces, con la consiguiente diáspora europea y americana. Probablemente la noción de “exilio universitario” o la de “exilio intelectual” no sean ajustadas del todo, pero lo cierto es que las oleadas migratorias producidas son un hecho lleno de implicaciones políti-

cas y, como se tratará de mostrar, de desdichadas secuelas intelectuales. La plena integración de España en las redes cosmopolitas de la investigación —y la consiguiente aceleración de la modernización universitaria— se ha llevado a cabo de manera perversa, mediante un sarcasmo del destino que ha convertido a la pobreza en la puerta de entrada en los grandes salones de la hipercompetitividad.

La burguesía española tenía bien sabido desde siempre, como toda burguesía periférica, que ciertas universidades extranjeras habían de constituir el último tramo de ese camino escolar iniciado por sus hijos en ciertos colegios religiosos o en los liceos o centros oficiales, madrileños o barceloneses, de las grandes potencias europeas. Era cosa convenida, aunque sujeta a formas de hipocresía muy variadas, que las universidades españolas coronaban la formación de unos y resultaban sólo un tramo para otros. También lo era que la genuina investigación de élite se habría de llevar siempre a cabo en lugares adecuadamente septentrionales, siendo las instituciones españolas modestas sucursales auxiliares. Así era y así había de ser, porque ésa era la forma hispana de modernidad. Las implicaciones de esos dos supuestos, tocantes respectivamente a la educación de los jóvenes pudientes y a la estructura global de la *big science*, no se solían explicitar con toda su crudeza por motivos elementales de conveniencia ideológica, pero cualquiera que no quisiese engañarse lo sabía sin ningún género de dudas. La estructura docente e investigadora española era netamente criptocolonial, y ése era el modo español —el único posible, sin duda ninguna— de transitar por las grandes avenidas de la Cosmópolis. La consiguiente diglosia, con la conversión del inglés en única lengua de uso serio y del castellano en habla familiar, apta tan sólo para la vida privada y para manifestaciones culturales de tipo étnico, era una secuela inevitable y se ha impuesto sin ningún género de resistencia.

En realidad, nada habría sido demasiado distinto si no se hubiese desencadenado la crisis de 2008, aunque la violenta menesterosidad con que se ha producido la diáspora de investigadores jóvenes en el mercado mundial de la ciencia ha provocado el comprensible malestar. Poco falta para que, cuando se proclame el final de la crisis, se dé por buena una lectura de los hechos que enuncie lo que muchos celebraron desde el principio: que no hay mal que por bien no venga y que la diáspora iniciada en 2008 fue un guiño sagaz del destino, gracias al cual se asentó e hizo explícito lo hasta entonces creído con disimulo: si alguien quería dedicarse a cierta clase de quehaceres, su destino no podía estar muy cerca de casa de sus padres y, al igual que no parece sensato aspirar a ser alguien en las altas finanzas internacionales viviendo en Soria o en Huelva, tampoco cabe convertirse en un líder global del

conocimiento desde Barcelona o Madrid. Del resultado de la crisis se sigue que en estos últimos lugares residirán (aunque con exigencias muy estrictas de movilidad) quienes no estén en condiciones de competir adecuadamente, gentes cuya tarea principal se aplicará al adiestramiento de la juventud y a las que no corresponderán retribuciones muy destacadas ni, desde luego, el lujo de la condición funcionarial.

#### *4. Viajeros forzosos y ayudantes vitalicios*

Los mismos años del desmoche que han llevado a unos a la diáspora han dejado a otros (los nacidos pocos años antes, que sí lograron entrar en el profesorado universitario) en condiciones de precariedad económica que no es verosímil vayan a mudarse cuando la crisis se dé oficialmente por terminada. Que había demasiados profesores numerarios y que ese mal no tardaría en encontrar remedio eran cosas bien sabidas, aunque dichas a media voz, en los círculos verdaderamente importantes. La condición funcionarial del profesorado es una verdadera pesadilla tanto para quien se esfuerce por imitar los modos de la universidad competitiva global como para quien, interesado o no en lo anterior, tenga como fin principal el adelgazamiento sistemático del Estado. Esa coincidencia tendría efectos muy poderosos incluso si a ella no se sumase una tercera fuerza, que en la vida universitaria real es hegemónica: para el catedrático de las generaciones más veteranas, criado entre los ecos castizos de mayo de 1968 y llegado a la madurez en los primeros momentos de la definitiva modernización académica (en la que, de ordinario, ha tenido algún papel, más o menos destacado), el que el profesorado joven se componga de funcionarios constituye, en efecto, la peor de las desgracias, pues no sólo es cosa muy poco moderna y eficaz, sino que, en la práctica, impide ejercer la tutela intelectual de quienes tienen veinte o treinta años menos, y amenaza con hacer perder el control de la institución. Allí donde haya una gerontocracia de funcionarios, los profesores ajenos a la función pública carecerán de posibilidades serias de una actividad intelectual autónoma (algo que en las humanidades se manifiesta con particular crudeza), anticipando el momento en que ya no sea funcionario nadie y todos estén bajo el control de gestores profesionales. En la universidad del desmoche, un senado de profesores funcionarios ha convertido el régimen ancilar de los docentes jóvenes en condición destinada a perpetuarse, para éstos y para quienes hayan de venir después. El profesor heril se instalará de por vida en el borde inferior de la clase media y no espantará nunca el fantasma de

la depauperación, habiendo asimilado además, y desde bien temprano, que su tarea intelectual está determinada por la voluntad cambiante de quien le proporciona sus modestos ingresos. Seguir en la universidad exige, en los tiempos presentes, fidelidad absoluta al grupo de investigación con que los profesores funcionarios colman sus vanidades y buscan su acomodo internacional y, en los tiempos futuros, sumisión plena a lo que las distintas agencias e instancias de control establezcan como las líneas de investigación obligatorias para la legión de profesores precarios que no haya gozado del privilegio de emigrar. No faltan gentes a quienes ese cuadro parece un espectro siniestro, pero en realidad ha sido pintado con toda maestría, desde mucho antes de la crisis de 2008, por manos primorosas y con pulso firme.

La pervivencia de unas condiciones mínimas para el cultivo no tecnocrático de las humanidades dependerá, de aquí en adelante, de factores ajenos a la institución universitaria. A ésta, en efecto, quizá convenga darla por perdida: puede que lo único que quepa esperar de ella es que no endurezca sus mecanismos de control hasta el extremo de hacer imposible la pervivencia en su seno de elementos heterodoxos que actúen bajo condiciones de marginalidad o de resistencia selectiva. Pero el futuro de las humanidades, en particular en el ámbito español, depende ya de otros factores. Depende, esencialmente, de si el mercado editorial está en condiciones de hacer sitio a un género ensayístico exigente dentro del cual pueda cultivarse el tipo de estudio propio de las viejas monografías académicas. Allí donde, según parece inevitable, el régimen de incentivos económicos y sociales del profesorado hace que un *paper* de quince páginas puntúe más que un libro de cuatrocientas, la escritura de textos de cierta envergadura, escritos en casa con sosiego, independientes de la movilidad, de los flujos de innovación y de los controles de las agencias competentes, sólo será posible en situaciones de alta tensión, o de conflicto más o menos abierto, con el *mainstream* de la investigación universitaria. El autor de textos exigentes de ensayo docto podrá ser profesor universitario o no serlo, y no tardará en llegar el día en que esta condición resulte poco relevante.

Hasta hace muy poco, el oficio de profesor de universidad era —por detrás de la condición de rentista— el régimen de vida que proporcionaba mejores condiciones para el estudio y para la escritura de textos teóricos o empíricos afincados en el terreno, siempre borrosamente acotado, de las ciencias humanas. No está claro en absoluto que tal cosa vaya a seguir siendo posible, y el caso español proporciona un ejemplo de la mayor y más implacable elocuencia. El destino universitario que se abre para las humanidades no es, quizá, esencialmente distinto del que poseen otros géneros literarios

como la poesía o la novela, u otras manifestaciones artísticas. Poetas y novelistas son objeto de estudio en la universidad (pueden llegar a serlo en forma tan competitiva y tecnocrática como cualquier otro tema de enseñanza) y, en ocasiones más o menos frecuentes, pueden ser invitados a dar cursos sobre su trabajo y a montar talleres o actividades de fomento de la creación literaria. A veces un poeta puede ser profesor, pero está claro que no convertirá sus clases en poemas, aunque traten de poesía. Es probable que cualquier actividad que se salga de ese esquema consistente en estar al día de la última bibliografía habida en cierto campo y en contribuir a su progreso con la publicación de *papers* que completen, maten o corrijan las aportaciones recientes —una tarea esencialmente colectiva, cuya autoría típica corresponde a grupos de investigación y no a individuos— está condenada a no tener sitio en eso que, no sin infatuación, se llama la Academia. Lo que esté fuera de este marco o no esté del todo dentro habrá de ser cultivado en lugares aparte por gentes que se ganen la vida en algún empleo ajeno a su actividad intelectual, aunque quizá no del todo hostil.

La suprema ironía de este proceso de desmoche está en que la docencia universitaria puede ser uno de esos oficios, si bien está por ver todavía el grado de hostilidad que puede llegar a ejercer. El profesor universitario de humanidades cumplirá, entonces, con las exigencias de su oficio igual que si es diplomático, farmacéutico o secretario de ayuntamiento y, fuera ya del ejercicio de su profesión, se dedicará a la historia, a los estudios literarios o a la filosofía, sin que esas tareas hayan de reflejarse en su enseñanza ni, lo que es más novedoso y llamativo, *tampoco en su investigación*. Algo falta todavía —aunque menos de lo que podría creerse— para poder admitir con naturalidad todo cuanto se acaba de esbozar. De hecho, el cuadro recién pintado no es una visión apocalíptica, sino quizá todo lo contrario: una modesta proposición para la resistencia silenciosa<sup>20</sup> y una recomendación prudentemente pragmática para quien quiera sobrevivir en un medio que poco tiene ya que ver con el de la universidad europea napoleónica y con el de la humboldtiana. Se trata de responder con la tímida y precaria sabiduría del vencido a esa sagacidad de los vencedores que resplandece como uno más de los trofeos de guerra entre los claros clarines de la victoria, sirviéndoles de preciosa bocina tanto a su canto sonoro como, por encima de todo, también a su cálido coro.

---

<sup>20</sup> Sirviéndonos de la expresión de Jordi Gracia. Cfr. su libro *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, (Barcelona: Anagrama, 2004).

### Bibliografía

- Agamben, Giorgio. “¿Qué es un dispositivo?”. En *¿Qué es un dispositivo?, seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino*, traducción de Mercedes Ruvituso, 7-34. Barcelona: Anagrama, 2015.
- Aubenque, Pierre. “La prudence chez Kant”. Apéndice a *La prudence chez Aristote*, 186-212. París: P.U.F., 1963.
- Bermejo Castrillo, Manuel Ángel. “La Universidad europea entre Ilustración y Liberalismo. Eclósion y difusión del modelo alemán y evolución de otros sistemas nacionales”. En Oncina Coves, Faustino (ed.), *Filosofía para la universidad, filosofía contra la universidad (De Kant a Nietzsche)*, Biblioteca del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad (Universidad Carlos III de Madrid), n.º 15, 49-165. Madrid: Dykinson, 2008.
- Bourdieu, Pierre. *Homo academicus*, traducción de Ariel Dilon. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Claret Miranda, Jaume. *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Fernández Liria, Carlos; Serrano García, Clara. *El Plan Bolonia*. Madrid: Libros de la Catarata, 2009.
- Fumagalli, Andrea. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*, traducción de A. Antón, J. M. Gual y E. Rodríguez López. Madrid: Traficantes de Sueños, 2010.
- García Ruiz, Alicia. *Contra la privatización de la universidad. La universidad pública como bien común*. Barcelona: Proteus, 2012.
- Gracia, Jordi. *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Heidegger, Martin. “La época de la imagen del mundo”. En *Caminos de bosque*, traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte, 63-90. Madrid: Alianza, 2001.
- Heidegger, Martin. *Nietzsche*, traducción de Juan Luis Vermal. Barcelona: Ariel, 2013.
- Hernández, Jesús; Delgado-Gal, Álvaro; Pericay, Xavier (eds.). *La universidad cercada. Testimonios de un naufragio*. Barcelona: Anagrama, 2013.
- Kant, Immanuel. *Kants Werke. Akademie-Textausgabe*. Berlín: Walter de Gruyter, 1968.
- Kant, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres: filosofía moral*, traducción de Manuel García Morente. Madrid: Calpe, 1921.
- Kant, Immanuel. “Idea para una historia universal en clave cosmopolita”. En

- Aramayo, Roberto R. (ed.). *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, 95-118. Madrid: Alianza, 2004.
- Laín Entralgo, P. *Descargo de conciencia (1930-1960)*. Barcelona: Barral, 1976.
- Lepenies, Wolf. *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, traducción de Julio Colón. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Leyte, Arturo. "De la Universidad absoluta en Schelling a la Universidad existencial en Heidegger: ¿una continuidad?". En Oncina Coves, Faustino (ed.). *Filosofía para la universidad, filosofía contra la universidad (De Kant a Nietzsche)*, Biblioteca del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad (Universidad Carlos III de Madrid), nº 15, 253-272. Madrid: Dyckinson, 2008.
- Mainer, José-Carlos. *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra, 1975.
- Marías, Julián. "La vegetación del páramo". *La Vanguardia*, 19 de noviembre de 1976.
- Morales Moya, Antonio. *En el espacio público. Ensayos historiográficos*. Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 2008).
- Moreno Pestaña, José Luis. *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.
- Pardo, José Luis. "El conocimiento líquido. En torno a la reforma de las universidades públicas". En *Nunca fue tan hermosa la basura. Artículos y ensayos*, 255-280. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010.
- Snow, C. P. *The Two Cultures*. Introducción de Stefan Collini. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- Valdecantos, Antonio, "Universidad, tecnocracia y mercado". En *El saldo del espíritu. Capitalismo, cultura y valores*, 141-176. Barcelona: Herder, 2014.
- Valdecantos, Antonio. *La excepción permanente. O la construcción totalitaria del tiempo*. Madrid: Díaz & Pons, 2014.
- Valente, José Ángel. *El fin de la edad de plata* [1973]. En Sánchez Robayna, Andrés (ed.). *Obras completas. Vol. I, Poesía y prosa*, 687-736. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006.